

Variedades

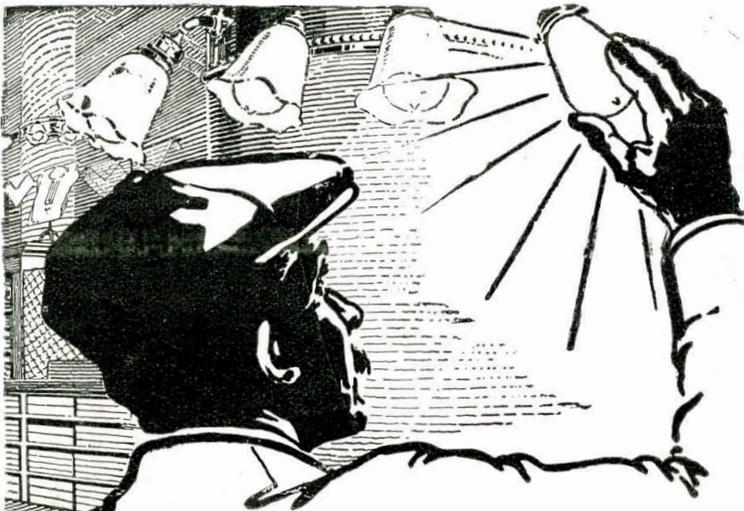


J. Holguín y de S.

Juguetería

—Dime, abuelito, y estas letras qué quieren decir?

—Eso está en francés. Es una fórmula que se pone siempre en esta clase de juguetes, y que



Lámparas G. E. Edison

“MAZDA”

de fama mundial por su ahorro en consumo de fuerza, durabilidad y eficiencia

10 HASTA 2000 BUJIAS

FABRICADAS POR LA

General Electric Co.

Vende: W. R. GRACE & Co. — LIMA — PERU

COMO SE ADQUIERE EL EXITO EN LA VIDA

INI UN CENTAVO LE CUESTA ESTE MARAVILLOSO LIBRO!

Pida hoy mismo este interesante LIBRO, que es el más práctico y claro que se ha publicado hasta la fecha para el adelanto personal

EL HOMBRE, LA MUJER Y LA SEÑORITA pueden aprender el modo de conservar y recuperar la salud, asegurar su bienestar contra las contingencias y vicisitudes del porvenir, triunfar en los negocios, aumentar su sueldo ó ganancia, inspirar AMOR Y BELLEZA, vencer dificultades, ser correspondido por la persona amada y tener

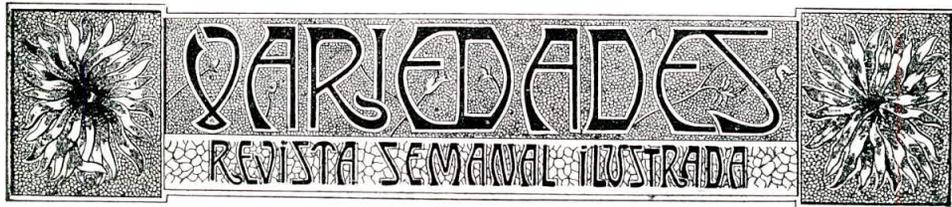
SALUD. SUERTE Y DICHA

En sus paginas encontrará el modo práctico para suggestionar, dominar, etc., etc y explica como cada persona puede desarrollar el PODER MAGNETICO y el gran secreto para hacer de la vida una verdadera FELICIDAD.

GRATIS se manda este precioso libro á quien le solicite incluyendo dos estampillas de 5 centavos de su país, pidiéndolo por carta al profesor del INSTITUTO CIENTIFICO 1535.



APARTADO 1535. Buenos Aires (Vía Cordillera). Escribir bien claro nombre y dirección



CASA EDITORA M. MORAL

DIRECTOR: *Clemente Palma*GERENTE: *José S. Patroni***DE JUEVES A JUEVES**

Dentro de dos semanas justas—si es que se cumple con lo que reza el artículo 45 de la ley 2108—se efectuarán en todos los pueblos de la república las elecciones presidenciales, y conjuntamente, en los lugares en que ha vacado la representación parlamentaria, las elecciones de senadores y diputados á Congreso. Sobre las primeras, á juzgar por las apariencias, tanto el Gobierno como los partidos políticos y como el país, aceptan con agrado la designación de candidatos á la presidencia y vice-presidencias que ha hecho la Convención. Sólo el nuevo Partido Demócrata, como saben nuestros lectores, no está conforme con la designación del señor Pardo y como muestra de su disconformidad es que nos ha salido con la broma de que lanzará y no lanzará candidato propio. Esto es, lo lanzará para los efectos de darle una rabieta al señor Pardo y de hacer acto de presencia en las elecciones, porque el nuevo Partido Demócrata no desea figurar en la historia de este momento político como abstemio en el acto de la reconstrucción de la constitucionalidad; y no lanzará candidato en el sentido de que propiamente no va á combatir la candidatura de la Convención, sino simplemente á aprovechar de las circunstancias para rendir un homenaje á uno de los actuales miembros del partido, con un voto de honor, voto decorativo y pintado al óleo como quien dice, voto de mentirijillas, desde el punto de vista práctico, y que servirá, no como una escalinata de ascensión al Palacio del Ejecutivo, sino más bien como un receptáculo de las perfumadas flores del afecto político de un partido, por uno de sus miembros..... pero á la vez de flores con espinas destinadas á pincharle los dedos al señor Pardo. Y aúnase así á la finalidad poco caritativa de aguarle la fiesta al candidato de la Convención. Como es de suponer de la seriedad del Gobierno,—que en todos los tonos decanta un respetuoso acatamiento á la designación de los partidos,—nada tiene ni ha tenido que hacer el Gobierno en esta combinación; pues, por otra parte no se ve qué utilidad podría reportarle de que los demócratas rindieran honores á sus adeptos. En cuanto á la seriedad con que se ha tomado este asunto del voto de honor, si llama la atención que se organicen clubs políticos y se haga todo el aparato de preparación para una actitud de combate. Las luchas más encarnizadas y los abismos de odios políticos más grandes se abrieron en tiempos pasados al personalismo que representó la lucha de los partidos Civil y Demócrata. Ese gran espíritu que fué el creador y director espiritual del último de los partidos citados, consiguió en un feliz momento

de común interés por la restauración de las libertades patrias, que el abismo se cegara y que el odio dejara de ser el motor de las luchas entre las dos orientaciones de gobierno y de política antagónicas. A tal punto se llegó en esto que no hace muchos años se gestionó la segunda coalición de los partidos para enfrentarse á la política disolvente del señor Leguía, gestiones que por desgracia fracasaron—no por razones de odio sino por razones de necesidad y de petulancia y de torpe ambición—. El actual momento no es menos grave que el que inspiró ese movimiento de aproximación de los partidos en 1911, y, por creérsele así es que brotó á iniciativa del Partido Constitucional, la Convención que ha cumplido debidamente su patriótico propósito. La lucha por la presidencia, en plena crisis constitucional y en pleno tambaleo de la moral política, y en plena gestación de ambiciones inexplicables, y en pleno desastre económico, habría traído consecuencias desastrosas para la nacionalidad. No era exigible del nuevo partido Demócrata que, habiendo sido excluído de la Convención, por razones que no es del caso rememorar, prestara decidido concurso á sus acuerdos con respecto al problema presidencial. Pero sí habla que esperar que ante las razones graves que aconsejaban no contribuir á que se complicara el proceso electoral, el nuevo partido Demócrata se recatara de actuar, reservando su importante é indispensable actuación de control y crítica para cuando la república hubiera entrado en un régimen de normalidad constitucional. Sin embargo ha preferido, aún antes de completar su organización, aún antes de determinar en una Asamblea su actitud frente á la situación del país, apresurarse á intervenir en una forma un tanto ambigua y original, cual es la del voto de honor, que—sin duda, sin intención malsana,—va en primer lugar, á resucitar artificialmente con los gritos de combate de antaño una rivalidad que en estos momentos no tiene razón de ser. Y en segundo lugar significará una dualización peligrosa para el interés nacional, que en ningún caso podría producir la victoria del candidato demócrata, pero sí, á poco que el diablo soplara, podría dar margen á complicaciones en la solución de la crisis constitucional y al brote, por acción de penosas circunstancias, de intempestivas y torpes soluciones. Hay más, la integración del Congreso,—poder al que correspondería, dentro de los linderos marcados por nuestra Carta, la resolución de los conflictos electorales que surgieran en torno de la elección presidencial y que la ley respectiva no pudo prever—no es muy seguro que pueda efectuarse, ni, en este caso, podrían llegar á una solución correcta. El Gobierno está manifestando un desmedido empeño en apoderarse de la mayor parte de las representaciones vacantes, y no hay sino ver los telegramas y correspondencias que registran los diarios para darse cuenta de la lucha que se ha entablado en todas partes entre las autoridades políticas, resueltas á imponer á todo trance las candidaturas oficiales, y los candidatos que no son de la simpatía del Gobierno. En casi todas partes las juntas electorales se han dualizado, y según nuestros informes, los jefes militares regionales se resisten á enviar á ambos bandos los registros militares indispensables para el control de las elecciones. Por otro lado los secuestros, cohechos, intimidaciones, prisiones y abaleos andan bobos, como se dice vulgarmente. Claro es que la Corte Suprema depurará en última instancia los procesos electorales; pero la es-

pectativa que se ofrece en el mejor de los casos es que casi medio Congreso quedará vacante y probablemente en muy malas condiciones para resolver con civismo y alto interés patriótico las cuestiones que en torno de la elección presidencial pudieran derivarse de la lucha á que se aprestan los demócratas para esa ambigüedad nociva del voto de honor. Repetimos, pues, lo que declámos en nuestra crónica pasada: enorme é imprudente responsabilidad se ha echado encima el nuevo partido Demócrata con la actitud asumida y deben pensarlo bien antes de lanzarse á la aventura, porque acaso los peligros para la patria están más que en lo que se ve, en lo que no se ve.

La semana política



Facsimil de la última hoja del acta primera de la Convención.

No ha sido muy movida que digamos la semana política, no obstante que el último domingo se realizó la segunda parte, ó como si dijéramos el segundo acto, de la Convención de los partidos. El resultado es ya ampliamente conocido por el público por los cómputos que han dado los diarios. En este número nos limitamos á ofrecer una completa información gráfica del importante suceso, que parece contribuye á despejar la atmósfera política, al menos en su apariencia, que siempre aquí, sea por culpa de los gobiernos ó por ingenuidad ó malicia de los políticos, el hecho es que siempre las soluciones resultan difíciles de encontrar ó de ver por la

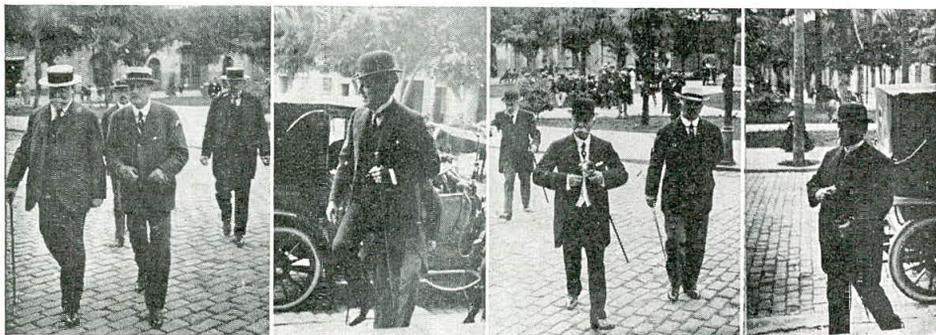
facilidad que nos caracteriza para enturbiarlo todo. Elegidos los señores Ricardo Bentín y contralmirante Carvajal, como candidatos á la primera y segunda vice-presidencias de la República, parece que la primera parte está concluída. Pero, siempre aquí los peros fueron frutas de gran consideración, y justo es que en todo banquete hayan peros, pero, repetimos, todavía falta la ejecución de la música que se ha escrito y puede que, á última hora, los instrumentos no soplen ó soplen demasiado. El *carlismo*, que para parecernos á nuestros progenitores los españoles, sólo nos faltaba el *carlismo*, como con cierta gracia llaman hoy algunos á los partidarios honorables del voto de honor que darán los nuevos pierolistas á su socio honorario el señor Carlos de Piérola, parece que anda confiado en el éxito de su voto originalísimo y nuevo, y ya se advierten algunos síntomas de movimiento, aunque nos ocurre que no tan amplio como el nombre de Piérola lo hubiera suscitado en otros días, ni



El redactor de actas de la Cámara, señor Tomás Ríos Fajardo, que ha hecho las dos actas de la Convención.

tan ferviente como seguramente, no obstante el eufemismo de las apariencias del propósito, lo han deseado sus inventores. Entre tanto, se acercan los días de las elecciones y no se ve nada

la Convención. Damos retratos de los candidatos vice-presidenciales, una vista de la Asamblea, instantáneas de algunos convencionistas ó convencionales, un grabado del lapicero



Delegados de la Convención entrando al local de la Cámara de Diputados para elegir candidatos á las vice-presidencias.

que pueda hacer suponer á los más suspicaces un cambio total en la situación; pero como el Destino duerme en las rodillas de los Dioses, como decían los antiguos, nadie puede profetizar

y pluma que por "feliz coincidencia", como dijeron los diarios, sirvió al general Cáceres para firmar las actas de la Convención, un facsímil de la última hoja de la primera acta, un re-



Señor Ricardo Bentín, elegido candidato á la primera vice-presidencia.—Un aspecto general de la Asamblea.—Contralmirante Carvajal, elegido candidato á la segunda vice-presidencia.

lo que acaecerá de aquí al 16 que es el primer día destinado al sufragio, ni lo que vendrá después, cuando se trate del resultado mismo de aquellas elecciones. Ya que no podemos convertirnos en adivinos, conténtense nuestros lectores con la información gráfica que ofrecemos sobre

trato del redactor de la Cámara de Diputados, señor Ríos Fajardo que escribió ambos documentos. A falta de profecías, nos parece que es bastante. Los coleccionistas, especialmente, tendrán con estas muestras gráficas, ocasión para distraer sus fecundos ocios.



La pluma que ha servido al general Cáceres en las dos reuniones de la Convención

CHIRIGOTAS

PULSEO CRIOLLO



—Compadre, aunque usted me venza,
que 'el que va á salir chingado
será el amigo Echenique,

no crea que yo me pique;

Crónicas de la guerra

El Rey de los belgas.



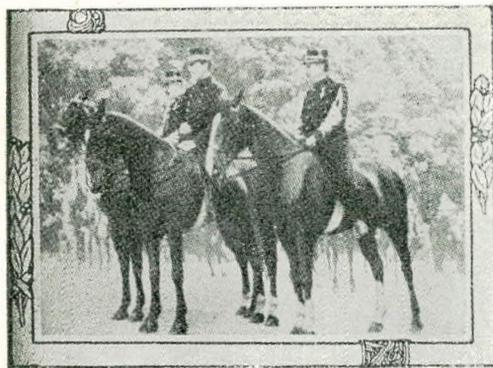
Los reyes Alberto é Isabel de Bélgica y el duque de Brabante, en la intimidad

Ante la figura simpática de este rey ejemplar, sencillo, severo, virtuoso, hombre de hogar, de lecturas, de altas preocupaciones intelectuales, y en una palabra, símbolo fiel del sentir nacional del pueblo belga, democrático como ningún otro estado monárquico, no podemos menos de exclamar: "Eres un rey. Eres un hombre."

Al heredar el trono por muerte del rey Leopoldo, su tío, bien persuadido de que son múltiples las obligaciones que tiene que cumplir un soberano á la moderna, gasta sus horas en el es-



El rey Alberto, en traje de minero



El rey, en una revista militar

tudio, porque tiene idea personal de la misión histórica que ha de cumplir. Ha visto la tierra belga y sabe q' es fértil; para aumentar su producción, comprende perfectamente que se hace indispensable ayudar á sus cultivadores, y hacia ese fin encamina sus primeros actos de gobierno; sabe que Bélgica ocupa un lugar estratégico en la ruta marítima y terrestre de los mercados, y fomenta las industrias fabriles; hace una colonización recta y justiciera en el territorio del Congo, y por fin, percatado del importante papel que su pueblo ha venido desempeñando en las luchas europeas, aspira á que sus doscientos mil soldados sean capaces de toda empresa militar, á cuyo efecto hace de Amberes la plaza más segura de Europa, hasta el punto de que se la creía inexpugnable; rodea á Lieja de defensas

y reductos admirables, y todas sus vías de comunicación responden á planes estratégicos minuciosamente estudiados.

Hay quien opina que los pueblos pequeños no tienen por qué aventurarse en grandes empresas militares, ya que, dada su debilidad, nunca podrán humillar la soberbia de sus contrarios, cuando éstos son pueblos colosales. Tal forma de razonar cae de su base en los tiempos que atravesamos, en los cuales la humanidad parece haber perdido toda noción del derecho. En la

Muchas eran las simpatías que se había captado el rey demócrata; pero á partir del momento histórico en que al frente de sus soldados se lanzó á contener á los invasores, que violando tratados diplomáticos invaden el extraño suelo, este hombre adquiere los relieves de un héroe. En los puntos de mayor peligro, allí está sereno y tranquilo, predicando con el ejemplo á aquel puñado de valientes que, invocando el augusto nombre de "patria", se dejan matar con un estoicismo que raya en lo sublime.



En su despacho del palacio real de Bruselas

actual conflagración europea, Bélgica, la laboriosa Bélgica, aunque su ejército hubiese permanecido en la inacción, su suerte estaba harto definida; era seguro su exterminio, pues así lo ha querido, en todas las vicisitudes históricas, su desdichado sino.

Así lo debieron de comprender, desde el simpático rey Alberto hasta el último de los ciudadanos belgas, incluso los socialistas, ya que todos sancionaron, con su concurso personal, la idea de resistencia á todo trance.

Unos cuantos meses de lucha no han bastado para que ese rey, modelo de buenos ciudadanos, se haya apartado un solo instante de la línea de batalla, animando con su presencia á sus heroicos soldados y vendiendo cara la independencia de su Bélgica, ayer emporio de progreso y hoy triste cementerio en el que la guerra ha escrito el epitafio más sangriento que se haya escrito en sepultura alguna.

Andrés MENDOZA.

El ajedrez y la guerra

De la revista bonaerense "Fray Mocho", re-
producimos el curioso é interesante problema
ajedrecístico relacionado con la guerra que i-
deara el conocido *amateur* Alberto Daroqui,
que recomendamos á nuestros aficionados al di-
fícil juego. El problema se refiere á la céle-
bre batalla del Marne. Las figuras represen-
tan: el rey blanco París; la dama blanca, Jo-
ffre; la torre de 7 torre, el general Chauzzi;
la torre de 8 alfil, el general Gallieni; el caba-
llo blanco, el mariscal French; el rey negro,
el grueso del ejército alemán que estuvo tan cerca
de París; la torre negra, Von Kluck; el grupo
de piezas donde se encuentra la dama blanca,
la línea fortificada Verdun-Toul; el otro grupo
donde se encuentra French indica las fuerzas de
su retirada por el Oise. Ya tienen nuestros lec-

tores, asunto de qué ocuparse, durante sus en-
tretenidos ocios ajedrecísticos.

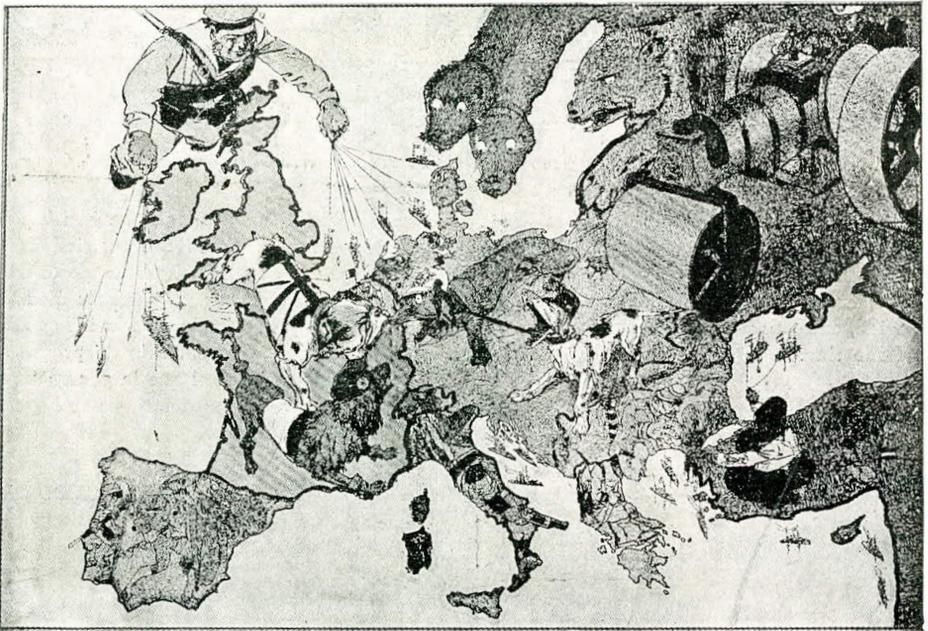
NEGRAS: 9 PIEZAS



BLANCAS: 8 PIEZAS

Juegan las blancas y dan mate en dos jugadas

Curiosidades de la guerra



Mapa de Europa, editado en Inglaterra, cuya introducción en Alemania ha originado la pri-
sión de dos comerciantes que serán juzgados como traidores á la patria

Fiesta significativa



Durante la significativa fiesta religiosa realizada, por iniciativa de damas limeñas en la Cárcel de Guadalupe.

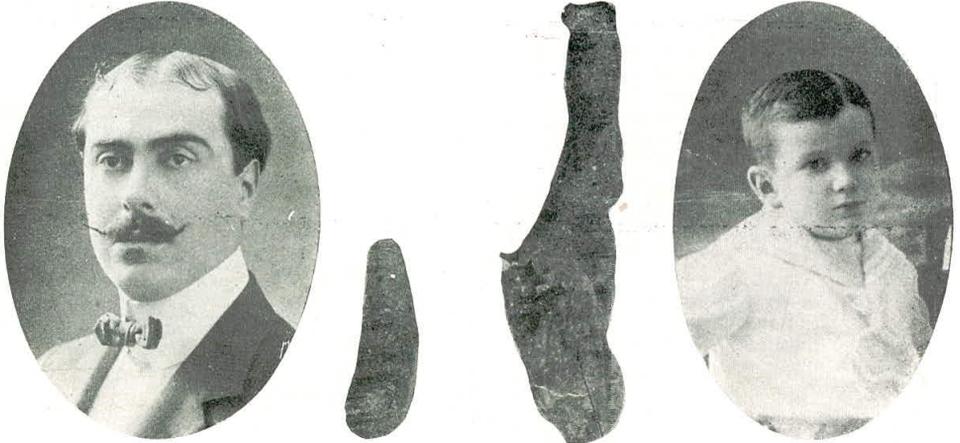


La esposa del Presidente de la República, señora de Benavides, distinguidas damas de la capital y el Presidente de la Junta Departamental, durante la fiesta.

Notas médicas

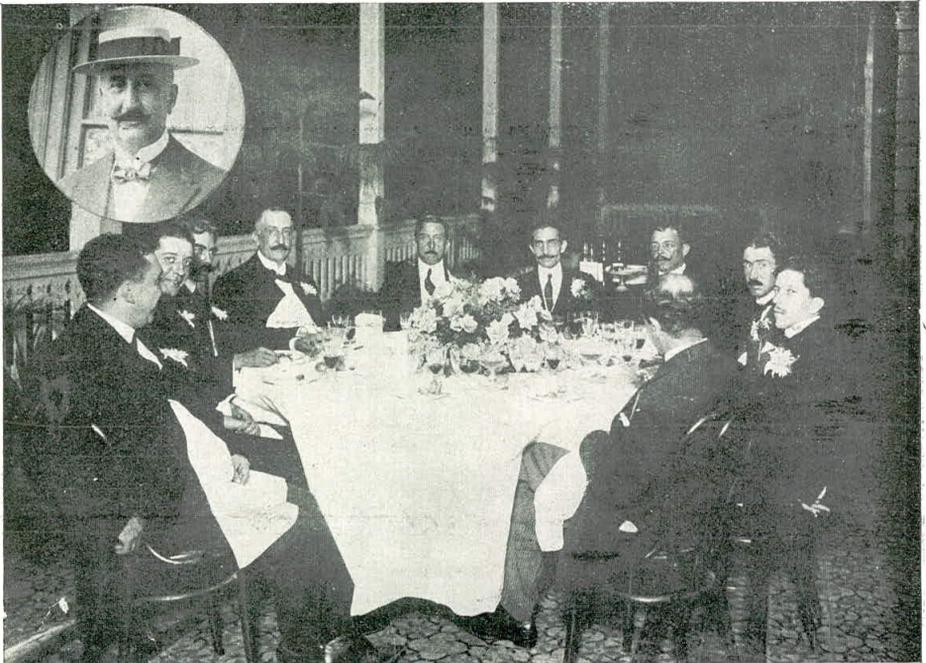
En esta sección que destinamos á las informaciones de carácter profesional, damos hoy el retrato del doctor Aljovín, médico y cirujano que acaba de realizar en la Maison de Santé una operación notable en la persona de una criatura de siete años, el niño Fernando Rondón Vargas, á quien ha extirpado un apéndice adherido, cuya fotografía también ofrecemos, salvando así la vida al menor cuando ya los suyos lo

creían perdido. Aunque la reputación del doctor Aljovín está ya hecha, las circunstancias que han rodeado esta operación no sólo por la edad del paciente, sino por la gravedad en que se encontraba, hacen más meritoria la labor del distinguido profesional, que en la asistencia ha tenido el eficaz auxilio de las madres de la conocida casa de salud, sobre las que se nos ha traído muy halagadoras referencias.



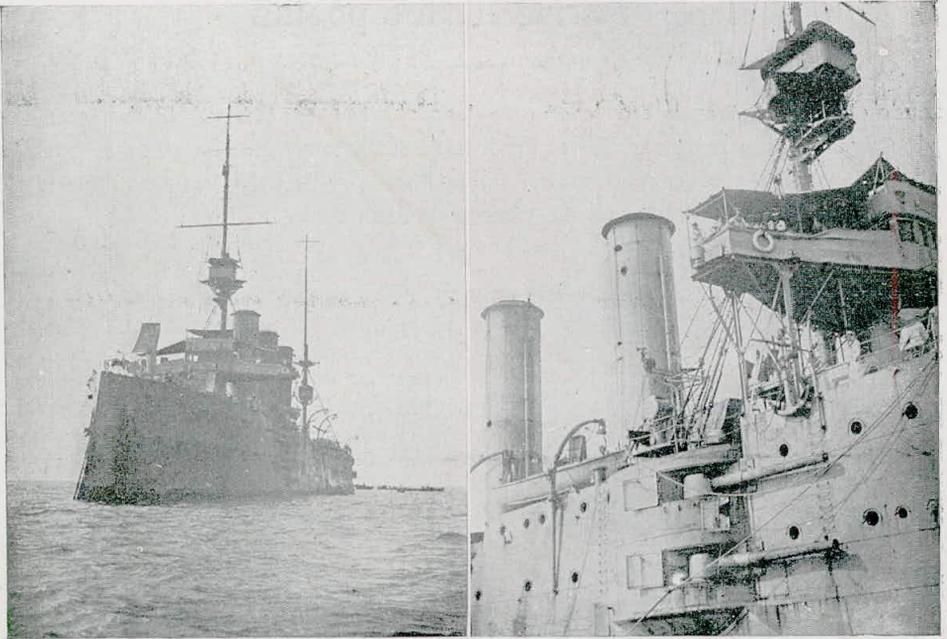
Dr. Miguel Aljovín.—El apéndice y la piedra que tenía adherida.—El niño Fernando Rondón Vargas, que fué operado por el doctor Aljovín y que se encuentra ya restablecido.

Solidaridad periodística



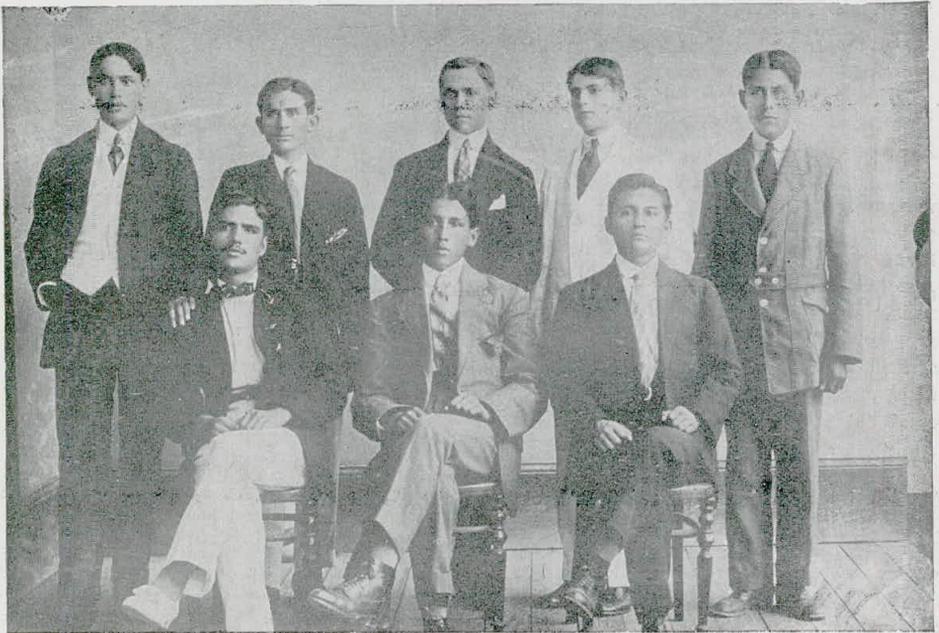
Banquete ofrecido por "Variedades" y "La Crónica" al periodista arequipeño, señor Manuel T. Arispe, cuyo retrato aparece en el círculo.

El "Kent" en el Callao



Una vista del crucero acorazado inglés "Kent", En esta vista pueden apreciarse los daños sufridos por el "Kent" en sus chimeneas.
fondeado en el puerto del Callao.

Voluntarios para el Ejército



Voluntarios remitidos por el Prefecto de La Libertad, señor Velarde La Barrera, á la Escuela Militar de Chorrillos. Sentados: Carlos Herrera, Esmán Salinas, José Castillo; de pie: Eugenio Stein, Lino Mostacero, Benja.nín Stein, Santiago R. Ugarte y José M. Moreno V.

El barrio de los poetas

Cuando el Doctor Aranda era joven.....—Una charla encantadora.— El camino á San Carlos.—Los poetas con que se encontraba el Doctor Aranda en su camino de estudiante. Reminiscencias de Don Felipe Pardo, de Don Manuel Castillo, de Don Clemente Althaus, de Don Juan Vicente Camacho.



El doctor Aranda nos cuenta anécdotas sobre el barrio de los poetas.

Pocos hombres hay en Lima que sepan más de las cosas de su tierra y que las relaten con mayor viveza y colorido que el doctor Ricardo Aranda. Tiene el dón especial de la conversación. Es un *causer* inimitable, como diríamos ahora, y es tan sincero, tan ferviente y tan justo su culto por los hombres y las costumbres de ayer, que pone en sus relatos un sello tan cálido de verdad y un aroma tan espiritual de gracia, que hacen pensar en la dulce y amarga verdad de aquellos viejos versos del poeta

“cualquiera tiempo pasado
fué mejor...”

El doctor Aranda no es sólo un profundo conocedor de nuestra legislación y de nuestra historia diplomática, un archivo viviente de leyes, sino una tradición constantemente renovada que se ofrece á todos los que en su torno

se agrupan. Lástima es, y grande, que no se decida á escribir sus recuerdos. Su privilegiada memoria conserva detalles pintorescos reveladores del sentido que tuvieron muchas cosas que hoy aparecen sin sentido, y el sabroso comentario que sabe poner á las historias que cuenta, es como la sal que les da sabor y vida. Nunca le falta alguna tradición, alguna anécdota, algún recuerdo. Los que amamos estas cosas, le vemos como si fuera uno de esos patriarcales señores de otras eras que solían transmitir sus recuerdos y los de sus antepasados á las nuevas generaciones y formaban así la historia de su raza y de su pueblo y eran la base esencial de un arte inimitable. Lo vemos como aquellos hombres antiguos que, contando, contando, hicieron la conciencia de sus patrias y fueron á la vez sus primeros artistas. El sentimiento de la Patria y el sentimiento del Arte se dan la mano en la tradición, que nos vincula al pasado y nos hace sentir los primeros estremecimientos ante la belleza artística. Pero el doctor Aranda no se decide aún á escribir recuerdos. Los reparte prodigamente á sus discípulos y amigos, y nosotros, que le escuchamos cotidianamente, de vez en vez cogemos algún asunto, lo archivamos en la memoria y pensamos en llevarlo al gran público algún día....

CUANDO EL DOCTOR ARANDA ERA JOVEN...—SU CAMINO DE ESTUDIANTE—A SAN CARLOS.

En una de las tantas ocasiones que conversamos con el doctor Aranda, el criterio periodístico nos hizo caer en la tentación de explotar para una información su relato. Era tan bello, tan significativo, que sólo nos arredraba, y nos arredra hasta ahora, el temor de no poder trasladar á las cuartillas, con toda su fresca sencillez, la frase pintoresca del maestro. Pero nos decidimos.

Cuenta el doctor Aranda que cuando era joven (que conste que todavía no está viejo)

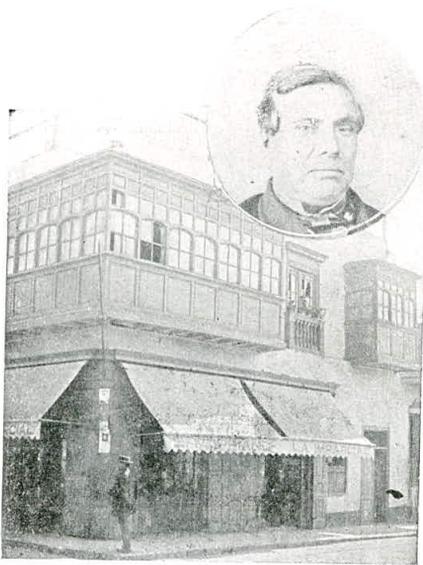


La casa en que vivió don Felipe Pardo—En el óvalo el retrato del poeta.

solía escoger su camino á la Universidad doblando por la calle de Bejarano á la de Fano y siguiendo por la de Pobres. ¿La razón de sus preferencias? Una muy íntima y otra poética que casi complementaba la primera. Su novia le esperaba en un balcón de la calle de Pando para contestarle el saludo de ilusión que él le hacía y que hasta ahora perdura en la memoria de su corazón con vivo encanto juvenil, porque tuvo la fortuna de realizar su sueño de estudiante. Pasaba luego por la calle de Bejarano y allí en la esquina, en el balcón del centro, acodado en el barandal, se veía al sentimental poeta arequipeño don Manuel Castillo; volvía la cara en ese mismo crucero y miraba hacia la Pileta de la Trinidad, la casa donde ya enfermo, pero lúcido y en sorprendente producción, don Felipe Pardo pasaba sus horas luminosas de ensueño y de culto por el arte, tal vez más luminosas y más bellas por lo mismo que había perdido la visión de la realidad. Ya en la calle de Fano, en la casa que sigue á la de don Guillermo Billinghamurst, solía encontrar, siempre con un libro en la mano, muy pulcro y muy atildado, al poeta Clemente Althaus; más allá, en la calle de Pobres, en un balcón, asomaba la figura de don Juan Vicente Camacho, el poeta venezolano, que invariablemente le preguntaba “por la lección.”

EL BARRIO DE LOS POETAS—MUCHOS PARA TAN POCO ESPACIO—LA VISION DEL AYER ES EXACTA A LA DE HOY: SOLO FALTAN LOS POETAS.

Tiene el doctor Aranda culto por el ayer y lo siente intensamente. Cuando nos relataba estas curiosas coincidencias nos repetía versos de todos aquellos poetas que fueron. Al llegar á la esquina de la Pileta, pensaba en don Felipe Pardo, á quien no se veía, pero cuyo espíritu flota sobre todo. Y entonces don Ricardo rememora los versos del poeta y nos cuenta cómo hoy mismo, cuando se siente fatigado de sus labores cotidianas de rebuscador de archivos, abre las ventanas de su escritorio de la calle de Fano, que después de tantos años ha vuelto á ser su barrio, coge el tomo de poesías de don Felipe y lee encantado, como si fuera joven otra vez, los versos del poeta. Para él que sabe tanto de nuestra historia, las sátiras políticas del gran satírico, tienen una doble significación, porque está capacitado para apreciar las sutiles ironías sobre la época ida y porque seguramente piensa y siente que muchas de aquellas célebres letrillas podrían ser aplicadas hoy mismo; y don Ricardo recuerda aquella tan chispeante sobre la Convención cuando se trasladó á Chorrillos y sobre la mesa en que solía colocarse el verde tapete con los dados, se colocó el Crucifijo y los libros de los Santos Evangelios; y aquella del cesante y el



La casa en que vivía don Manuel Castillo—En el óvalo el retrato del poeta.



La casa en que vivió don Clemente Althaus—
En el óvalo el retrato del poeta.

epigrama á su hijo y el magnífico soneto al Pueblo Soberano y los delicadísimos versos que dedicó á su hija Francisca, que fué para él la paciente y admirable recopiladora de sus obras; aquellos que comienzan:

Dudar, Paca, no puedo que penetras
que con razón mi libro te consagro;
porque si sale al mundo de las letras,
tuyo ha sido el milagro.

Y para don Ricardo el viejo barrio en que en una misma época vivieron cuatro poetas, cuyo recuerdo aún perdura contra la injuria del tiempo, está igual á la época en que él lo frecuentaba. La casa de don Felipe está igual á como fuera, el balcón donde solía asomarse en las tardes Castillo no ha sido modificado, el caserón á cuya puerta encontraba á Althaus está idéntico á sí mismo, el balconcito de Camacho se conserva también. “Sólo nosotros cambiamos”, dice don Ricardo. Y por eso hemos querido fotografiar las casas tales como se encuentran, antes de que el modernismo les robe el encanto que guardan.

Han pasado muchos años y aún don Ricardo hace el mismo camino. De estudiante ha pasado á ser Secretario General de la Universi-

dad y ya en su propia casa le espera la novia de antaño, que es hoy su compañera. Cuando llega á Bejarano, al dirigir la mirada al balcón de la esquina, le parece que va á asomarse con su aire triste y cansado el poeta Castillo, aquel de cuyas obras no se ha hecho todavía una recopilación, el autor de la Oda al Dos de Mayo, y, sobre todo, de aquellos frescos, ingenios y lindísimos versos dedicados en memoria de sus hijas:

Blancas palomas que fueron
el encanto de su nido!
Apenas alas tuvieron
y en el éter se perdieron
como en el viento el sonido.

Y don Ricardo, casi al llegar á su hogar de hoy, cuando pasa por el gran zaguán de la casa de Althaus, le parece que va á aparecer el poeta, con un libro en la mano, que le saluda y mentalmente repite aquello

Si de cristal transparente
fuera el hombre, y si se viera
por esa viva vidriera
cuanto quiere, piensa y siente
.....



La casa en que vivió don Juan Vicente Camacho.—En el óvalo el retrato del poeta.

No hubiera boca embustera,
ni hubiera hipócrita cara,
siendo fuerza que igualara
lo de adentro á lo de afuera.

Y cuando se dirige á la Universidad y pasa por la calle Pobres, la ilusión del ayer le lleva á pensar en Juan Vicente Camacho, el poeta venezolano que formó familia en Lima, y cuyo vivísimo ingenio y alta cultura tanto renombre le dieran entre nosotros. Dice entonces los versos célebres al "Dos de Mayo":

Zumbe el trueno, parta el rayo
y yo digo al son tremendo,
mala la hubisteis don Mendo
en esa del 2 de Mayo;

ó aquellos frescos, puros, á su hija Valentina, en que hay estrofas tan delicadas como ésta:

Crece feliz, hija mía,
y el día de la vejez
sobre mis blancos cabellos
corona me has de poner,
que es el amor de los hijos
de los padres el laurel,

Mas, ¡ay! mi pecho se oprime,
hija, sin saber por qué,
y exclamo con triste acento
de infinita languidez:

Un rosal cría una rosa
y una maceta un clavel,
y un padre cría á su hija,
sin saber para quién es.

ANTES DE DESPEDIARNOS—DON RICARDO NO SOSPECHA QUE TAMBIEN NUESTRO FOTOGRAFO LE ENFOCA.

Y don Ricardo continúa rememorando anécdotas de los poetas y cuánto bien nos hace

al espíritu sentir la música sencilla de aquellos versos distantes, tan frescos, tan ingenuos y tan puros, y cómo nos reconcilia con los abuelos oír, tan bien dichas, las viejas estrofas que musitaron sentidamente las mujeres jóvenes de ayer y que repitieron los estudiantes. Y nos ponemos á meditar en la angustia cierta que representaron muchas de aquellas rimas, en el dolor que tan bellamente cristalizaron, en el consuelo y el encanto que dieron á los sedientos de paz armoniosa... La voz de don Ricardo se hace grave y un tanto melancólica al refrescar tan viejos recuerdos y nosotros nos ponemos en su posición y sufrimos desde ahora la angustia del mañana, si lo tenemos, cuando recordemos el hoy. Pero nos consuela la idea de que también sentiremos como si nos rejuveneciéramos, por lo mismo que hoy nos adelantamos á nuestra vejez.

El buen amigo y maestro dice: "Ya ve usted, si los tiempos de ayer no eran mejores".

—Ya lo creo que lo eran, don Ricardo.

Mientras conversamos con don Ricardo, nuestro fotógrafo lo enfoca. Casi, casi hemos cometido una indiscreción, porque no le place la publicidad de este género, pero como á él le pertenece este artículo, justo es que aparezca aquí sorprendido en su propio barrio que tantos recuerdos tiene para él y que tantas evocaciones nos ha sugerido.

Al despedirnos del bondadoso maestro le agradecemos efusivamente la originalísima y valiosa información que damos aquí.

—Don Ricardo, muchas gracias.

—No hay de qué hijo. No olvide que las casas están exactamente como fueron en mis buenos tiempos.

Y aquí tiene el lector cómo una conversación con don Ricardo Aranda, nos ha hecho vivir antiguos días y revivir la memoria de poetas que bien merecen que les recordemos con cariñosa admiración...

PICWICK

Busque U. en el próximo número

UNA CURIOSA INFORMACION

Sobre un nuevo y notable caricaturista

UNMSM-CEDOC

INTERIORES LIMEÑOS

XII

Casa del Doctor Federico Elguera



Hace tiempo que lo deseaba: conocer el hogar, la estética privada, los gustos personales, íntimos, del que fué nuestro alcalde durante 8 años, que escribe tan bellos artículos de crítica social bajo el pseudónimo de Barón de Keef y que está valientemente resuelto á transformar Lima, aún contra la voluntad de sus propios moradores. La próxima inauguración de los trabajos del Teatro Nacional, que corren á su cargo, y cuyos datos necesitaba para VARIEDADES, sirviéronme de magnífico pretexto de entrada á la casa.

Por de pronto la casa en conjunto me sorprende. Es algo rara. Seguramente no se parece á ninguna otra de Lima. Sus escaleras, barandas y persianas numerosas, luego el *hall*, salas y pasadizos, tan largos y angostos, tienen cierto sabor arquitectural, exótico, de vapor trasatlántico. Los viajes marítimos me encantan y esta semejanza no me disgusta; cuando menos, la hallo muy original.

Van á avisar al dueño de la casa mi presencia y entretengo la visión con lo que hay al rededor. Observo varios *barbedienne* de mérito: un *Gladiator* por Rorel, *Pro-Patria* por Perron. También veo cierta tela de Ingunza, el pintor nacional, una mujer misterio, que oculta el rostro detrás de un libro y tiene manos tentaculares, como las heroínas venenosas de *Monsieur de Phocas*. Más lejos percibo otra tela decorativa, al óleo, de firma Reynouard, escena vistosa, alegre, del género favorito al britano Tadema, grupo de hetairas romanas ocupadas en tejer bridones floridos para algún probable viaje á Citearea.

Todas estas pocas cosas, pero selectas, previenen favorablemente. Hay sencillez, pero no vulgaridad. Las palmeritas reales ó postizas, tan frecuentes en los vestíbulos de los hogares limeños, brillan aquí por su ausencia. Tal detalle tranquiliza mis nervios y permítenme descubrir en la penumbra la obscura, voluminosa masa de una escultura. Me acerco: es el torso, retrato del Dr. Elguera hecho por Lozano. Aplaudo la línea arcaica á lo Lippi, de adaptación moderna, sin pedestal y con descuido absoluto en la factura. Hasta le falta un brazo.

Oigo pasos y voces. Se acerca una linda niña, que me conduce á las habitaciones interiores. Se abre la puerta de un dormitorio y en un sofá, rodeado de libros y papeles hallo á quien busco.

—¿Enfermo, don Federico?, pregunto solícito.

—Nada de eso: es que hay aquí más fresco; siéntese ahí y diga qué le trae, me dice señalando una silla, con ese acento de bonhomía y dejadez peculiar en él cuando está calmo é indiferente.

Le expongo mi idea; me observa un instante y contesta rápido:

—Déjese de eso, ocúpese mejor de la Avenida 28 de Julio, de Petateros, ahora que el incendio.....

Yo le interrumpo, manifestándole mis dudas sobre la utilidad de esta clase de arterias en una ciudad como Lima, de fisonomía tan típica de tristeza y quietismo, donde hasta el cielo, el aire, el carácter mismo de los habitantes, todo conspira contra las ideas de actividad y modernismo... ¿No cree el Dr. Elguera que Lima, bajo algún aspecto, merece ser considerada á igual que Toledo por Gautier, esto es, una ciudad de exclusivas evocaciones? ¿Se dá cuenta que la proyectada avenida corta por el eje á la iglesia patronal de las armas peruanas, nada menos? El valor arqueológico de ella.....

No puedo continuar. Advierto cierto gesto de contrariedad en el semblante del bibliófilo, un instante hace calmo y apacible. Su voz tórnase viva, tonante y en frases cortas, precisas, que no admiten posteriores interrupciones, responde:

—Lo de siempre, discusiones. Habla usted como artista, soñador, contemplativo, que sólo admite poesías y recuerdos. El tema arqueológico aquí no cabe; la iglesia de La Merced ha perdido casi todo lo que tenía de valor bajo ese concepto por las reformas que se le han hecho exterior é interiormente. Bien puede ella, como la basilica patronal de los madrileños, la de la Almudena, cambiar de sitio siquiera en unos metros. Los padres mercedarios serían los más beneficiados con la apertura de la Avenida desde que en sus terre-

nos, los de mayor valor en Lima, hoy ocupados con claustros inútiles, podían edificar ellos construcciones de magnífica renta.

En confirmación del aserto cita datos, cifras. Luego entusiasmado ya, confiado de ha-

ber disipado en algo mis dudas, en pleno tren de mejoras edilicias, me traza la Lima futura que él sueña y ambiciona, la gran Lima del Centenario.

Mientras habla no puedo menos de admirar

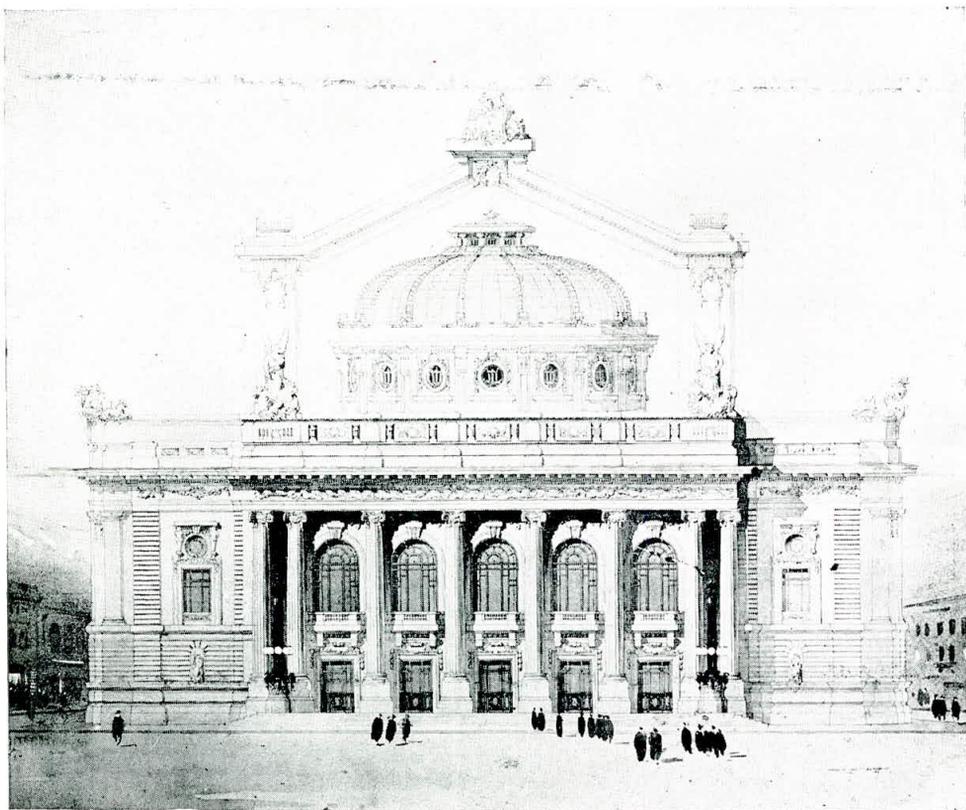


Escalera del futuro Teatro Nacional—Acuarela de Malachowsky

su inteligencia vigorosa, de lucha, reflejada al través de su verba sonora, fácil, llena de color y de ironía. Juzgo que quien se expresa con tal donosura tiene que ser forzosamente sincero, un verdadero apasionado del progreso de su tierra. Claro que él, como todo reformador, halla más críticos que colaboradores, pero de temperamento superior, no se arredra, sigue firme en el empeño de higienizar, embellecer esta capital limeña “cueste lo que cueste”, “quieran ó no sus habitantes, aún usando de la

el sitio histórico donde se proclamara la Independencia y punto del cual se domina la perspectiva de dos avenidas: la del 28 de Julio, con término en la mole del Teatro Nacional, y la del Centenario, que cortando angularmente cierto trozo de la ciudad empalma la calle Malambito y tiene remate en el monumento del 2 de Mayo.

Seguidamente me enseña una serie de construcciones: la Biblioteca Nacional, el Palacio Arzobispal, Palacio Legislativo, Museo, Aca-



Frente del futuro Teatro Nacional—Proyecto de Malachowsky

fuerza y la alevosía”—son casi sus textuales palabras.

—Venga, me dice, llevándome luego á su biblioteca.

Sobre una mesa hay extendidos planos y dibujos y gráficamente me hace ver esa Lima de sus pensamientos: el pabellón presidencial, en el mismo recinto de los actuales aposentos presidenciales, con fachada hemicicloidial á la Plaza de Armas, en cuyo centro se erige el monumento nacional á San Martín, por ser

demia de Artes, Prefectura é Intendencia, Ministerios diversos, Cárcel central, etc.

Este block de edificios, que en apariencia representaría su costo una gruesa cifra de millones, apenas llegará al medio millón de libras, pues varias de aquellas construcciones tienen capital propio ya reunido y otras no serian sino meras reparaciones de locales existentes.

En el calor de la conversación el Dr. Elguera me proporciona los datos sobre el Teatro Nacional que al principio le pidiera, datos

que concreto aquí en forma de impresiones personales.

El Teatro Nacional será un espléndido edificio. Su presupuesto y capital es de un millón y medio de soles. En dicha suma no se incluyen, como se comprende, las obras de decorado, escultóricas y pictóricas, susceptibles de costar mucho ó poco, según la calidad de ellas y el rango de firma de los artistas ejecutantes. Al frente de la obra se encuentra Malachowsky, un profesional competentísimo, autor de los dibujos que ilustran estas líneas; ellos, por su exquisita belleza, acreditan suficientemente al artista de raza y temperamento. Prescindiendo del aspecto pictórico, quizás, la *Escalera* resulta demasiado suntuosa, demasiado remedo de otra construcción similar famosa. Tal como ella está trazada—fulgurante de mármoles, bronces y tallados—entiendo no pasa de ser una concesión fugaz, amable, del arquitecto artista al público limeño, á quien conoce obsesionado de París y sus cosas.

La ubicación del Teatro en el centro de la Avenida Piérola es también primordial y la construcción de fachadas circundantes al Teatro debe amoldarse á un tipo que reglamente la Municipalidad, previo concurso entre los arquitectos. A la colaboración de ellos se debe algo de la renovación del gusto que se advierte en Lima, particularmente á la de los arquitectos jóvenes, tanto nacionales como extranjeros. Entre los primeros, además de Marquina ya citado otras veces, está Bianchi, autor de la hermosa *loggia* veneciana que rompe la monotonía de tanta casonería gruesa, budinesca en el Paseo Colón; luego Garland, cuyo nuevo Café Berlín, de líneas grandes, claras, con severo estilo moderno, marca para nosotros el primer paso serio en ese género de construcciones. Entre los extranjeros hay que recordar á Sahut, el arquitecto del elegante edificio de la Plaza Zela, el teatrillo de los pomposos nombres, nota difícil, bastante decorativa.

Conversar con el Dr. Elguera y olvidarse de las horas resulta cosa corriente, porque para todo tiene tema y sabe matizarlo; sabe hasta el significado de cada uno de los maullidos gatunos!... Pero la edificación es su tema preferido y en ello aún estábamos engolfados cuando se escuchó afuera una llamada urgente. Quiero retirarme y él lo impide recomendándome al salir que lo espere.

Quedo solo en la biblioteca; dejo los planos y busco en los muros nuevas sensaciones para mi retina. Una copia de la conocidísima *Cleopatra* de Guido Reni llena el testero prin-

cipal. Si el original nunca me conmovió, por lo teatral y falso, menos efecto me causa esta reproducción lamida y fría. Con más gusto pongo los ojos en un simple dibujo al pastel de Marchand, nota gris, saturada de melancolía.

Voy á los estantes. Leo títulos de libros: mucho clásico francés, un enjambre de románticos, de Chateaubriand para abajo; toda la gloria de Hugo, todas las lágrimas de Musset; Balzac se presenta por filas nutridas, escapo; busco autores españoles y apenas los encuentro, quizás estén en otros anaqueles, en esos montones de libros, que hay por todas partes, formando torres y cerros, recordando el famoso 202 de Queiros.

Me dirijo á uno de esos montones; ¡qué chasco! Son las *Memorias del Concejo Provincial de Lima*, de la época en que fuera su alcalde el Dr. Elguera. Estoy por seguir adelante, pero un pensamiento feliz me detiene:—Estos libros deben encerrar la relación completa de las obras que él hiciera en la capital—me digo—¿Acaso yo no vine aquí para reseñar algo de eso? ¿Por qué no aprovechar del casual encuentro?—Cojo al azar los tomos, registro índices y apresuradamente anoto:

“Transformación de la Plaza de Armas—Conclusión del Paseo Colón—Ensanche del Puente de Piedra—Traslación de Colón al paseo del mismo nombre—Parque de la Plaza de la Exposición—Monumento á San Martín, obsequio del Dr. Pérez Roca—Apertura de la Avenida de la Colmena en San Juan de Dios—Nueva numeración de calles—Instituto de Higiene—Alameda del Tajamar—Mercado Central—Mercados menores—Construcción de nuevas aceras y pavimentos de asfaltos—Desinfectorio Municipal—Creación de fondos para el gran Teatro Nacional—Construcción del Teatro Municipal—Instalación del Museo Merino—Arreglos de la Plaza Italia—Apertura de la Avenida del Sol—Nuevos barrios de la Victoria y el Chirimoyo”.

Todo esto y mucho más hay en los índices, significando una masa cuantiosa de labor, difícilmente apreciable para quien no sepa que entre nosotros cualquier intento requiere derroche de fuerzas y de energías. Prueba de ello es la preferencia que damos á los éxitos rápidos, inmediatos, aunque no sean trascendentales ni duraderos. Símbolo del carácter nacional podía ser el viejo sistema criollo de construcciones—de barro y cañas—obras frágiles de duración calculada para no alcanzar un mañana. En Lima resultaría inconcebible un Gaudí formando discípulos que á su muerte

continúen la obra de su gran catedral comenzada. La constancia no es flor que germine en esta tierra. Federico Remy es testigo del profundo asombro que me causara en cierta ocasión oír decir al señor Abele que él tenía una planta cuya floración esperaba hacía veinte años. . . . ¡Oh, bello, santo, admirable ejemplo de constancia esa espera de veinte años, aquí donde nadie espera nada, donde sólo hacen eclosión instantánea, preferente, las flores del egoísmo!

La labor del Dr. Elguera en Lima ha sido parecida á la que llevara á cabo Alveár en Buenos Aires, una labor de lenta tenacidad y de sacrificio, de lucha perenne con los verbalistas, los obstruccionistas, los eternos sábelotodo de la aldea. ¡Cuánto no se ha hablado en Lima de los abusos, las malversaciones del Dr. Elguera! Exactamente igual sucedió con Alveár en la Argentina, cuando Buenos Aires era algo más pobre que Lima. Famosísima fué su proeza de la destrucción y desalojo en una sola noche del centenar de tiendas que separaba las dos plazas de la Victoria y de Mayo. Aquello tuvo proyecciones enormísimas, pero la fusión de las dos plazas quedó consumada y el municipio bonaerense tuvo que hacer frente á las indemnizaciones.

Los argentinos han hecho ya cumplida justicia á su gran alcalde. En las frondas poéticas de la Recoleta hay una nota luminosa, blanca,

levantada á su memoria y la avenida más aristocrática de la gran metrópoli austral lleva su nombre.

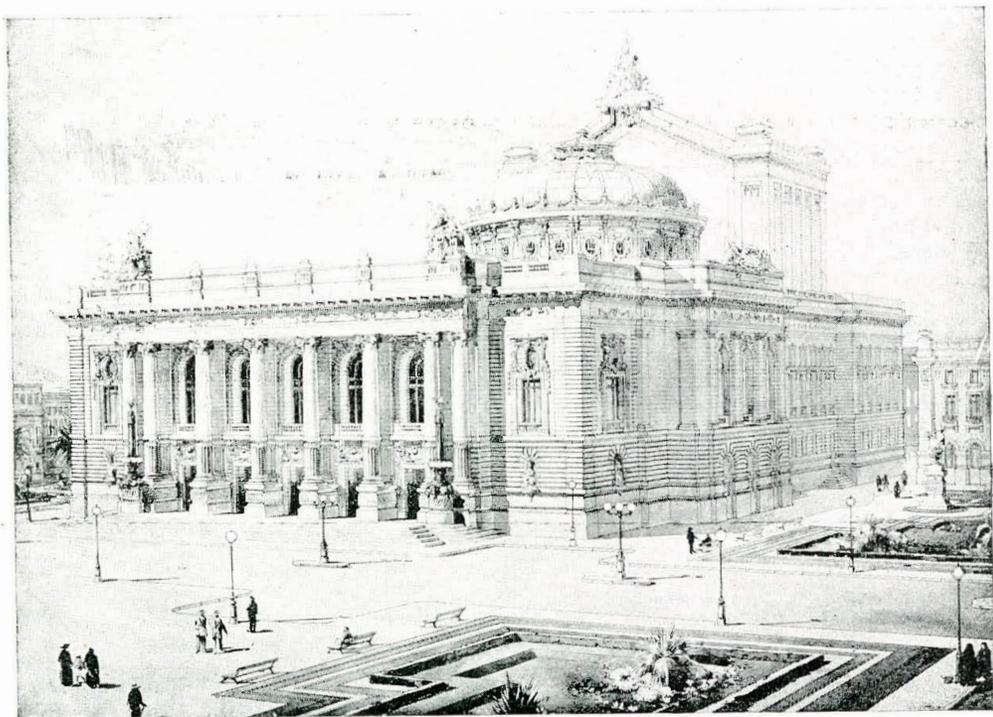
Con algo menos que Alveár se conformará el Dr. Elguera, de parte de sus conciudadanos, cuando le llegue el día postrero que á todo mortal llega. Mejor que nadie sabe él que los peruanos somos muy parcos en rendir homenaje á los muertos ilustres. Un desfile de coches en las calles y otro de discursos en el cementerio, á ello se reduce la apoteosis única, reglamentada por la tradición, que entre nosotros merecen las grandes personalidades. . . .

Hago otras reflexiones análogas, pero el tiempo pasa y el Dr. Elguera no regresa. Esto me mortifica y sin esperar más me despido, á la inglesa, deslizándome por esos pasadizos de barco trasatlántico, deseoso de ganar la calle.

Al cruzar por delante de una puerta oigo que se habla del monumento á Castilla, por Lozano, y cuya inauguración dirige el Dr. Elguera. Comprendo, hay tropiezos, lo de siempre.—Otra batalla de D. Federico—murmuro—y salgo pensando en las sonrisas escépticas que veré por cuenta de esa batalla y de estas líneas, de los que todo sospechan, todo saben y nada hacen.

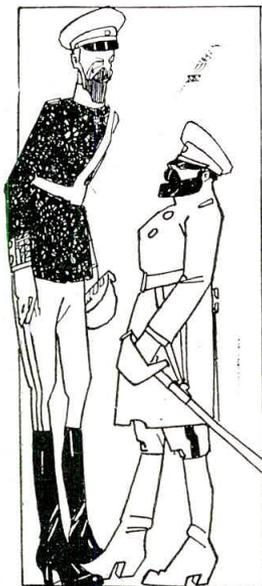
T. CASTILLO

Lima, abril 28 de 1915.

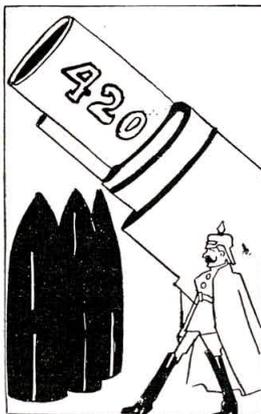


Perspectiva lateral del futuro Teatro Nacional—Proyecto Malachowsky

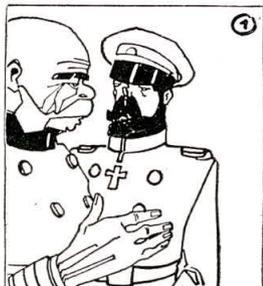
LA GUERRA en SOLPA



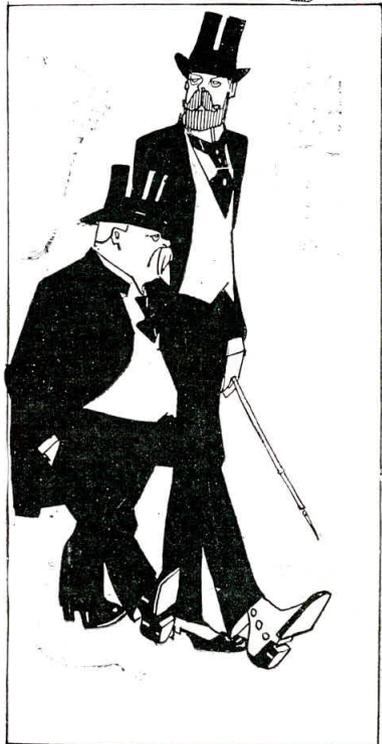
El Zar al Gran Duque.
¿Qué te pasa en los Cárpatos que no llegas siendo tan largo?



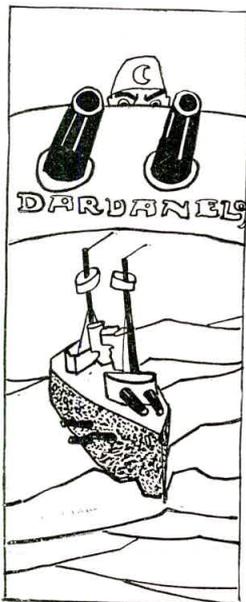
Esta es mi defensa; al cañón 42, le agregaré un cero.



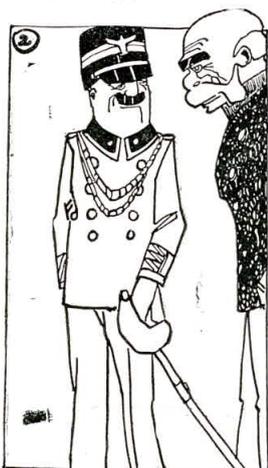
Si tu me dejas tranquilo.....



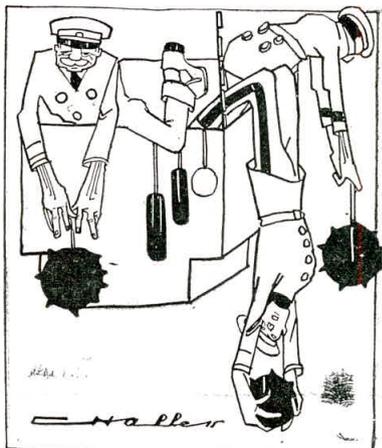
Ahora con lo de los gases no recorreremos las trincheras.....



El turco:
¡Hasta cuándo, aliado, que ya estoy cansado!



... ¡Yo me entiendo con Victorio!



El Kaiser ha ordenado a Zeppelin que practique en el aire cuánto juego de acrobacia le sea posible en contra de los aliados.



El Crimen de Anoche

Yo soy un criminal. Un criminal nato. Uno de esos seres que según eminentes criminalistas vienen al mundo predestinados al crimen. Yo nada sé de tan moderna como oscura ciencia, cuyos fundamentos aun se discuten, pero yo siento en mí, latente, una extraña fuerza que me impulsa á matar. Si en otra edad viviera, que no en ésta de inalambamas y aeroplanos, diríase que el demonio mismo, el eterno espíritu del mal, había encarnado en mí enteca humanidad. Así, no obstante mi natural cachazudo y mis lentos ademanes de señor de vastos dominios, yo soy un verdadero criminal. Un caso. Un caso que estudiaría con fruición el más afamado de los alienistas del día. El matar es para mí la más sublime, la más intensa de las satisfacciones. Y sin embargo, yo no soy un *artista* del crimen. Yo mato de un solo golpe. Un golpe seco y recio en la nuca. Un golpe decisivo. Yo no siento la más leve emoción ante el para otros alucinante espectáculo de la sangre.

Con todo, examinadas detenidamente las cosas, la verdad es que yo no debería llamarme criminal. Lo es quien mata para robar, y una vez realizado el crimen, friamente, como si se tratara de un fardo, hace á un lado á su víctima para continuar la innoble tarea. Lo es quien mata dominado por un sentimiento de venganza. Lo es también, no obstante lo sublime del móvil, quien mata por amor, que también por amor se mata. Pero yo, que obedezco á un misterioso y fatal destino, y á quien un secreto impulso, dominador é irresistible, arrastra ciegamente á matar, ¿puedo ser un criminal? No. Yo soy un caso. Un caso tal vez único. Un malvado capricho de la naturaleza. Cuando ese extraño deseo me invade, cuando siento crisparse mis nervios

y mi cerebro se ilumina ante la visión de la muerte, de nada sirve que en ese instante vuelque yo sobre mi alma todas las reservas de mi voluntad. ¿Y contra quienes se estrella mi sino? Odio lo incoloro, lo anodino, la media ciencia de los intelectuales y la irritante mediocridad de muchos artistas. Denme un criminal maestro en astucias antes que un adocenado rimador. Yo he cometido muchos crímenes—no recuerdo cuántos—en los treintidos años que llevo de vida. ¿Queréis que os entre del último?



Vivo solo, muy lejos de mi familia, en esta monótona ciudad. Y en el modesto hotel en donde hace tres años como—soy un espíritu conservador, enemigo de innecesarias innovaciones—comía también mi víctima. Tuvo ese imbécil la malvada ocurrencia de ocupar mi mesa el día en que por vez primera comió en *mi* hotel, que desde ese día fué también *suyo*. Y se enamoró del sitio. Acaso le inspiré simpatía. ¡Quién sabe! ¡Es tan extraño este sentimiento! O fué el destino quien le empujó violentamente hacia mí. Me parece verle todavía, sentado frente á mí, con su insolencia y su cretinismo desconcertantes. Vestía escandalosamente. Aman- te de lo llamativo, los más crudos, los más chillones colores eran

los de sus enormes corbatas. Embadurnábase de cosmético la abundante cabellera negra y reluciente. Un infeliz. Un alma rudimentaria. Un conquistador de oficio. Un fatuo. Un enamorado de su suerte. Y su sonrisa. ¡Oh, esa su desconcertante sonrisa de imbécil, de satisfecho de la vida, aun danza en el centro de mi cráneo una fantástica zarabanda! Cuántas veces á punto estuve de ahogársela, de este-reotiparla en su vulgar rostro, de un formidable mazazo en la nuca. Pero al fin cayó. No

podía ser de otro modo. Era lo inevitable. No olvidéis mi sino. Y tampoco olvidéis que odio lo incoloro y lo anodino, la media ciencia de los intelectuales y la irritante mediocridad de muchos artistas.

Durante ocho días sufrí atrocemente con tan encantadora compañía. Era su diaria charla una interminable película de rendidos amores. Una sola mujer no se le había resistido. Lo decía con orgullo que era fatuidad. Su escuela era insuperable. Su sistema el mejor de los sistemas, el más eficaz de los sistemas habidos y por haber. Para él no había solteras, ni casadas, ni viudas. Sólo había mujeres. Todas se le rendían incondicionalmente. Así eran sus charlas de una monotonía desesperante. Un día me detuve en el camino de la condescendencias, y me dije: ó abandonarle ó matarle. Y como en el hotel servían los martes unos deliciosos tallarines en salsa turca que satisfacían ampliamente mi exquisita sensibilidad de *gourmet* consumado, sin vacilar decidí por el segundo término del dilema. Le mataría. Fué una resolución inquebrantable. Como todas mis resoluciones.

Llovía menuda y tenazmente. Esa noche, como muchas, salimos juntos del hotel. Era martes. Yo había comido los deliciosos tallarines en salsa turca. Me sentía fuerte, valeroso, ecuánime como nunca y como nunca decidido á no desmentirme en lo relativo al tradicional cumplimiento de mis resoluciones. Yo, después de comer—no padezco de dispepsia—me siento capaz de las más inverosímiles hazañas. Iría á la cabeza de un regimiento de lanceros, á la carga sobre el más formidable y más encarnizado de los enemigos. Decía que íbamos por esas calles. En el bolsillo posterior del pantalón llevaba una pequeña maza de plomo con mango de vulgar madera. Por el camino continuó mi víctima su insustancial charla de todos los días, comenzada una hora antes en el vicia-

do ambiente del hotel. Ese día estuvo como nunca de insoportable. Pero yo estaba decidido. Me ofrecí á acompañarle hasta su casa. A ella fuimos tras una serie de vueltas y revueltas para facilitar la digestión de los tallarines. Era su última digestión. Y eran las once cuando nos detuvimos frente á una moderna construcción de ramplona arquitectura. La calle dormía solitaria. El policía de la esquina también dormía, cómodo instalado en el umbral de una residencia aristocrática. Nos despedimos. Volvióse él hacia la puerta, y disponíase á introducir la niquelada llave en la cerradura, cuando con violentísimo ademán le asesté un formidable mazazo en la nuca. Cayó

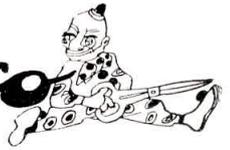
pesadamente, con sordo ruído, cruzando la vereda. Su muerte fué instantánea. Sin duda no sintió el mazazo. Un cercano foco de luz de arco iluminó siniestramente su encarnado rostro de conquistador empedernido. Una hora más tarde estaría lívido ese rostro. Yo, entonces, satisfecho de mi obra, sereno, ecuánime, encendí un cigarrillo. Y dando media vuelta, recordé una vez más la frase inmortal: que haya un cadáver más. Esa noche dormí tranquilo. En lo sucesivo comería libre de la insustancial y necia charla de un detestable compañero de mesa. Al día siguiente, muy temprano, un criado me alcanzó á la cama los diarios de la localidad con *El crimen de anoche*. A nadie hice daño con mi obra. Era mi víctima como un hongo entre los humanos. Uno de esos innumerables parásitos

que la sociedad sufre resignadamente. A nadie hice daño. Ah!, si: á don Andrés, el hotelero. Un día supe que el desaparecido debía en el hotel un mes largo de meriendas. Y cuenta que el desaparecido tenía lo que se llama buen diente. Desde ese día una seria preocupación me atormenta: cancelar la deuda de mi víctima con el hotelero Andrés.



Máximo LUNA.

CORREO FRANCO



Señor F. I.—Callao—Recibimos su rugiente poesía titulada “No más guerra”, en la que se ve que está usted como un pepián con motivo de la tremenda degollina en que está empeñada la Europa. Sí, señor, tiene usted razón de sobra en estar caliente. De la cólera y la indignación que le inspira esa gran iniquidad ha resultado que ha perdido usted el oído poético ni más ni menos que si le hubiera caído una píldora de 42 en un oído y le hubiera salido por el otro después de revolotearle por la sésera. Pero usted no se intimida y ha respondido con diez mortíferos cuartetos numerados. Sólo que se expone á que los alemanes le digan que con *dum dum* no vale. He aquí uno de los disparos de usted:



No nos llama la atención que escriba usted ¡ay! con *hache*, porque como está usted en la nada, según confesión propia, nada tendría que lo escribiera con *w* ó con *lo* que le diera la gana. Lo que sí nos ha maravillado es la revelación pistonuda de que usted solloza con regadera. Pero entonces ¿cómo es que se las compone para pastar, es decir, para comer? Comerá usted líquidos no más! ¡Caramba! No deje de venir.

Oh gran Kaiser! Si la culpa de la guerra la tienes tú, como dicen las naciones, ten cuidado con las justas maldiciones que echarán sobre tí y sobre tu tierra.

Señor V. C.—Lima—Nos ha sido usted muy simpático por la franqueza campechana con que nos escribe la carta que acompaña al par de cosas que usted apoda sonetos. “Yo jamás me ocupo de hacer composiciones para señoritas ni enamoradas, puesto que considero aquello como la más grande tontería: sólo me ocupo de describir en verso las cosas que la naturaleza ha creado”. Hace usted muy bien: ni las señoritas ni las enamoradas son obra de la naturaleza; son obras del demonio, pensamos, juzgando por la balumba de poesías abominables que recibimos sobre los tópicos que usted repudia. Añade usted que en sus sonetos *La Puna* y *Recuerdo de la quebrada* no ha entrado usted en muchas guaraguas: los ha escrito “sin tener cuidado de la métrica, de las sinalefas, de los rípios, ni de las cacofonías, y, por último, ni de los acentos: es tan sólo un producto de mi inspiración, sin que intervenga el arte literario”. Así nos gusta, nada de cábulas ni hipocresías, y con la misma franqueza que usted gasta le decimos que sus sonetos son dos rebuznos de una indocta espontaneidad que merece nuestras más afectuosas simpatías. Le pasaríamos á usted la mano por el lomo con el mismo sentimiento de benevolencia que tendríamos por un gracioso pollino. Dice usted en *La Puna*:

Evidentemente la cosa es como para que el Kaiser pare la oreja. Pero crea usted que por más que lo requintemos no nos hará caso. Por lo demás, estamos de acuerdo y la prueba es que al grito de ¡no más guerra... á las musas! cojemos la poesía de usted, la pateamos en el paroxismo del furor y la zampamos al canasto.



Señor A. H.—Lima—Tendríamos un verdadero gusto en ver la calabaza que tiene usted el honor de cargar sobre los hombros, porque al leer los versos “Flor de un día” con que nos ha favorecido se ha suscitado entre nosotros una animada discusión sobre si debe usted ser dolicocéfalo ó braquicéfalo ó si es simplemente acéfalo. Lo que sí hemos resuelto por unanimidad de votos es que es usted muy bucéfalo. No se caliente con estos tecnicismos científicos, que no son por insultarle, sino porque, como usted sabe, en estos tiempos la ciencia y el arte se dan la mano. Según parece, se ocupa usted en su poesía, por decirlo así, de describir la desaparición de una flor ó de varias, no estamos seguros, y en uno de los calabazazos que da usted en el papel se expresa así:

¡Hay! ¿Nada existe de esos recuerdos de esas memorias que Dios creó? Pántanos duros todos resecos allá en el bosque lo encuentro yo por más que riego con mis sollozos nada encuentro y en nada estoy.

Son campos tristes y desolados cubiertos de pajonal amarillento aprovechando para el sustento de animales allí aclimatados.

Después de esto no se nos ocurre otra cosa, distinguido amigo, que preguntarle si usted se ha aclimatado. La pregunta es ociosa, porque, por lo que hemos podido observar la costa le sienta mal y más mejor debe usted sentirse en el pajonal amarillento.



LA SEMANA COMICA



LA GALLINA CIEGA (1.a parte)

—General... General... no los oye Ud... Nos provocan, se nos acercan, nos tocan; pero... nada.

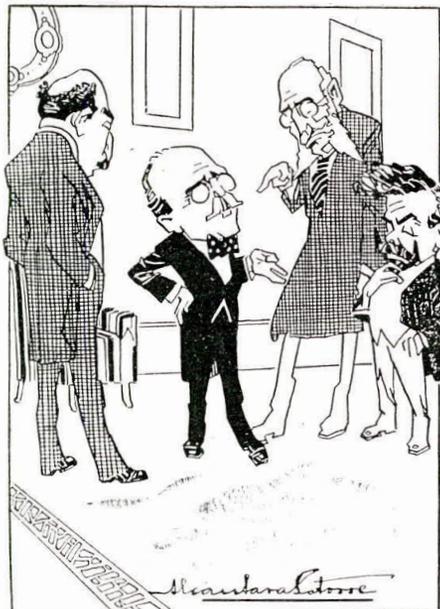
—No sé qué les asuste... Son más escurridizos que el azogue.....



LA GALLINA CIEGA (2.a parte)

—General... General... Ya cogí á uno, no sé á quién será; creo que usa uniforme...

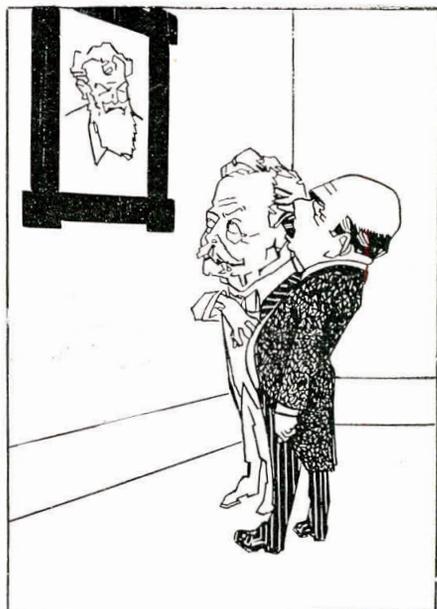
—El mío se me escapa, doctor, es gordo, pesado... le tengo asido por el cuello....



DESCIFRANDO UN VOTO

—Uds. que, además de convencionales, son doctores, explíquenme aquello del *voto de honor* de los demócratas.

—Nosotros creemos que ese voto, aunque algo lírico, lleva propósitos prácticos.

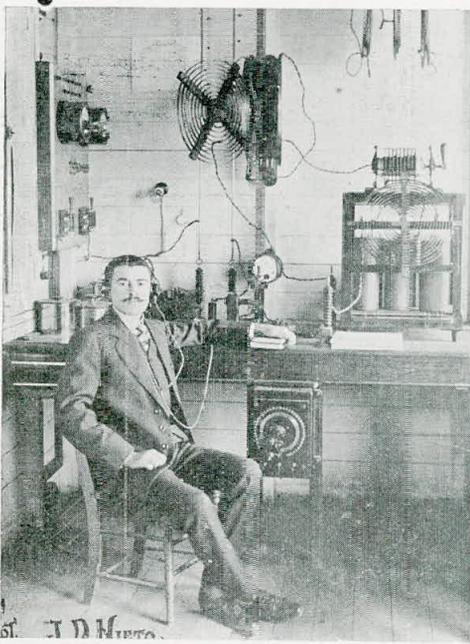


ANTE LA EFIGIE

—Al conjuro de tu nombre, Patricio insigne, hemos ideado el voto de honor. Iluminanos, alíentanos, confórtanos. Haz un milagro.

(El retrato permanece mudo).

DE PROVINCIAS



CHALA—El telegrafista de la instalación radiotelegráfica, señor Benavides, en funciones.



El telegrafista y un grupo de amigos en la estación radiotelegráfica de Chala—Envíos Zagazeta.



SANTA—El muelle de acero recientemente construido. Tiene 163 metros de largo.